no admitir jamás alegría en este mundo hasta que sintiese la dicha virtud perfectamente asentada en su alma. Desde entonces se estaba casi siempre encerrado en la celda, afligiéndose en la presencia de Dios con ayunos, vigilias, oraciones y llanto copiosísimo para que le concediese esta virtud, sin la cual se consideraba merecedor del infierno, y de la que tan enriquecido estaba aquel amigo de Dios de quien le habían hablado.

Y perseverando fray Maseo muchos días en este deseo, se fue una vez al bosque y andaba por él con grande ansiedad de espíritu, derramando lágrimas y exhalando suspiros y exclamaciones, pidiendo a Dios fervorosísimamente esta virtud divina; y como Dios oye de buen grado las oraciones de los humildes y contritos, estando fray Maseo en la referida disposición, sintió una voz del cielo que lo llamó dos veces:

–¡Fray Maseo, fray Maseo!

Y conociendo en espíritu ser la voz de Jesús, le respondió:

–¡Señor mío, Señor mío!

–¿Qué darías tú –le dijo Cristo– por esta gracia que me pides?

–Daría, Señor, los ojos de mi cara –contestó fray Maseo.

–Pues yo quiero –añadió Cristo– que tengas la gracia y también los ojos.

Dicho esto desapareció la voz, y fray Maseo quedó lleno de tanta abundancia de la deseada virtud de la humildad y de la ilustración de Dios, que en lo sucesivo estaba siempre rebosando alegría y muchas veces, cuando oraba, hacía un arrullo semejante, en la forma

y el sonido, al de la paloma, repitiendo: *u, u, u,* y con cara alegre y corazón gozoso se estaba así en contemplación; y habiéndose hecho humildísimo, se tenía por el mínimo de todos los hombres del mundo. Preguntóle fray Santiago de Falerone por qué no mudaba de tono en aquella demostración de gozo, y respondió que, cuando en una cosa se halla todo el bien, no conviene mudar.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO XXXIII

Cómo bendiciendo Santa Clara la mesa por obediencia al Papa, apareció formada milagrosamente la cruz en cada panecillo (1)

Santa Clara, devotísima discípula de la Cruz de Cristo y noble planta cultivada por el Padre San Francisco, había llegado a tanta santidad, que no sólo los Obispos y Cardenales, sino también el Papa, deseaba con grande afecto verla y oírla y, muchas veces, la visitaba personalmente.

Entre otras, fue una vez al monasterio para oírla hablar de las cosas celestiales y divinas, y estando ambos en conversación espiritual, Santa Clara hizo preparar la mesa y poner el pan encima, para que el Padre Santo lo bendijese; y, terminada la plática espi-

(1) El Papa es Gregorio IX y el año de la visita 1228, cuando fue a Asís para la canonización de San Francisco (16 de julio). Grande fue su afecto y admiración hacia Clara ya cuando Cardenal, amigo y consejero de San Francisco, y luego cuando Papa (1227-1240). Ante la Santa él se sentía más hijo que padre, más discípulo que maestro, como se desprende del milagro que en este capítulo se narra.

ritual, Santa Clara se arrodilló con grande reverencia y le rogó que se dignase bendecir el pan que estaba en la mesa. El Papa respondió:

–Hermana Clara fidelísima, quiero yo que bendigas tú ese pan y hagas sobre él la señal de la Cruz del Señor, a quien te has entregado por completo.

–Perdóneme, Santísimo Padre –repuso ella–, pero sería digna de muy grande reprensión si delante del Vicario de Cristo me atreviese a dar semejante bendición yo, que soy una vil mujercilla.

–Para que no pueda atribuirse a presunción –insistió el Papa– sino a la virtud de la obediencia, te mando por santa obediencia que hagas la señal de la santa cruz sobre estos panes y los bendigas en nombre de Dios.

Entonces, Santa Clara, como verdadera hija de obediencia, bendijo devotísimamente los panes con la señal de la santa cruz. ¡Cosa admirable! Al instante apareció una bellísima cruz esculpida en todos ellos; unos se comieron y otros se guardaron en memoria del milagro. Al verlo el Padre Santo, tomó un panecillo y, dando gracias a Dios, se marchó dejando a Santa Clara con su bendición.

Vivía entonces en aquel convento Sor Ortulana y Sor Inés (1), madre la una y hermana la otra de Santa Clara, ambas, como ella, llenas de virtudes y del Espíritu Santo, y muchas otras monjas. San Francisco les

(1) Ya en aquel tiempo había, seguramente, la madre Ortulana, purísima señora antes y luego hija de su propia hija; pero faltaba, ciertamente, Inés, abadesa aún del monasterio de Monticelli, cerca de Florencia. Consta en la *Leyenda* de Santa Clara, n. 32, de un enfermo, tal vez fray Esteban, enviado por San Francisco a la Santa para que lo curase. También se dice allí que la madre Ortulana curó un enfermo con la señal de la cruz por mandato de Santa Clara, su hija.

enviaba muchos enfermos y ellas, con sus oraciones y haciéndoles la señal de la cruz, daban salud a todos.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO XXXIV

Cómo San Luis vino a visitar a fray Gil, y no habiéndose visto nunca, se conocieron sin hablarse

Yendo San Luis, rey de Francia, en peregrinación a muchos santuarios y oyendo la grandísima fama de santidad de fray Gil, que había sido uno de los primeros compañeros de San Francisco, deseó mucho verlo y se determinó a visitarlo personalmente y, en efecto, vino a Perusa, donde moraba entonces fray Gil. Llegó a la puerta con poco séquito, como un pobre peregrino desconocido, y preguntó con grande instancia por fray Gil, sin decir al portero quién era.

Avisó el portero a fray Gil que un peregrino lo llamaba y al mismo tiempo fuele revelado por Dios que era el rey de Francia. Salió de la celda al instante, corrió con fervor a la portería y, aunque no se habían visto nunca, se arrodillaron sin más preámbulos, se abrazaron con grandísima devoción y se besaban con tanta familiaridad como si por largo tiempo hubieran tenido amistad estrechísima; y a todo esto, ninguno de los dos hablaba, sino que permanecían abrazados en silencio con aquellas demostraciones de amor cari-

tativo. Después de estar largo espacio de la manera referida sin decirse nada, se separaron el uno del otro y San Luis siguió su viaje y fray Gil se volvió a la celda.

Al marchar San Luis, preguntó un fraile a uno de los que lo acompañaban quién era aquel que tanto tiempo había estado abrazado con fray Gil; y le respondió que era Luis, rey de Francia, que había venido a ver a fray Gil. Y diciéndoselo este fraile a los otros, tuvieron grande pesar, porque fray Gil no le había hablado palabra, y le dijeron, quejándose:

—¡Oh, fray Gil! ¿Por qué has sido tan descortés que no has hablado nada a un rey tan grande, que vino desde Francia para verte y oírte alguna buena palabra?

—No os admiréis de esto, hermanos carísimos —respondió—, porque ni yo a él ni él a mí nos podíamos decir palabra. Tan pronto como nos abrazamos, la luz de la divina sabiduría me descubrió y manifestó su corazón, y a él el mío; de modo que, mirándonos por disposición divina los corazones, conocíamos lo que nos queríamos decir mucho mejor y con más consuelo que si lo explicáramos con el habla; porque el lenguaje humano, por su deficiencia, no puede expresar con claridad las cosas secretas de Dios, y más hubiera servido de desconsuelo que de satisfacción. Tened por cierto que el rey marchó admirablemente consolado.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO XXXV

Cómo estando gravemente enferma Santa Clara, fue transportada milagrosamente de la celda a la Iglesia (1)

Hallábase una vez Santa Clara gravemente enferma, de modo que no podía ir con las otras monjas a rezar el oficio en la iglesia; y llegando la fiesta de la Navidad del Señor, todas las demás fueron a Maitines y quedó ella sola en cama, disgustada de no poder acompañarlas y recibir con ellas aquel consuelo espiritual. Pero, no queriendo su esposo Jesucristo dejarla desconsolada, la hizo llevar milagrosamente, por ministerio de ángeles, a la iglesia de San Francisco, y después que asistió allí al oficio de Maitines y a la Misa de medianoche y recibió la Sagrada Comunión, hizo que la volviesen a su cama. Las monjas, luego que terminaron el oficio divino, vinieron a ver a Santa Clara y le dijeron:

– ¡Ay, Madre nuestra, Sor Clara! ¡Qué gran consuelo hemos tenido en esta santa noche de la Natividad

(1) Navidad de 1252.

del Señor! ¡Pluguiera a Dios que hubieras estado con nosotras!

—Hermanas e hijas mías carísimas —les respondió—, doy gracias y alabanzas a mi bendito Señor Jesucristo, que con mucho consuelo de mi alma estuve a toda la función de esta santísima noche, y mayor aún que la vuestra, y esto por diligencia de mi santo Padre Francisco, y con los oídos de mi cuerpo y de mi alma escuché todo el canto y el sonido del órgano, y allí recibí la Santa Comunión. Alegraos, pues, de tan grande favor y dad gracias a nuestro Señor Jesucristo. Amén.

CAPITULO XXXVI

De una visión hermosa y admirable que tuvo fray León, y cómo se la declaró San Francisco

En una ocasión que San Francisco se hallaba gravemente enfermo y fray León lo cuidaba, estando éste junto a él haciendo oración, fue arrebatado en éxtasis y llevado en espíritu a un río grandísimo, ancho e impetuoso. Y mirando a los que pasaban, vio entrar en el río algunos frailes que iban cargados y, al instante, los derribaba el ímpetu de la corriente y se ahogaban; varios otros llegaban quiénes hasta la tercera parte, quiénes al medio y quiénes cerca de la otra orilla; pero, al fin, con el ímpetu del río y el peso de la carga, caían todos y se anegaban.

Fray León se compadecía muchísimo de ellos; y he aquí que de improviso vio venir una gran multitud de frailes que no traían carga ni peso de cosa alguna, y en los cuales resplandecía la santa pobreza; éstos entraron en el río y pasaron sin peligro a la otra parte.

Volvió en sí fray León, y comprendiendo San Francisco que había tenido alguna visión especial, lo llamó y le preguntó lo que había visto. Cuando fray León se lo hubo referido todo, le dijo el Santo:

—Lo que tú has visto es la realidad. El gran río es este mundo; los frailes que se ahogan son los que no sienten la profesión evangélica, especialmente en cuanto a la altísima pobreza, y los que pasaban sin peligro son los que no buscan ni poseen en este mundo ninguna cosa terrena ni carnal, sino que, viviendo y vistiendo con moderación, siguen contentos a Cristo desnudo en la cruz y llevan de buena gana y con alegría la carga y yugo suave de Cristo y de la santa obediencia, y así pasan con facilidad de la vida temporal a la eterna.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO XXXVII

Cómo San Francisco, llegando a casa de un hombre cortés, y viéndolo generoso, oró por él, y se hizo fraile, y fue perfecto

El siervo de Dios, San Francisco, llegó una tarde, al anochecer, a casa de un gentilhombre, grande y poderoso, que lo recibió y hospedó a él y al compañero con grandísima devoción y cortesía, como a unos ángeles del cielo; por lo cual, San Francisco le cobró mucho amor, considerando cómo, al entrar en la casa, le había abrazado y besado tan amigablemente, y después le había lavado los pies y se los había enjugado y besado humildemente, y luego había encendido fuego y preparado la mesa con muchos y buenos manjares y, mientras ellos comían, estaba él continuamente sirviéndoles con alegre semblante. Luego que acabaron de comer, dijo este caballero:

—Padre, yo estoy a vuestra disposición con mi persona y hacienda para cuanto podáis necesitar; cuando os haga falta túnica o manto, compradla, que yo la pagaré; y sabed que estoy pronto a proveeros en todas vuestras necesidades, porque, gracias a Dios, puedo

hacerlo; pues tengo abundancia de todos los bienes temporales y, por amor de Dios, que me los ha dado, de buena gana hago bien a sus pobres.

Viendo San Francisco tanta cortesía, amabilidad y generoso ofrecimiento, le tomó tal amor, que después de marchar iba diciendo por el camino:

–En verdad que este hombre era bueno para nuestra compañía; ¡es tan agradecido y reconocido a Dios, y tan amable y cortés con el prójimo y con los pobres! Has de saber, hermano carísimo, que la cortesía es una de las propiedades de Dios, que por cortesía da el sol y la lluvia a justos e injustos, y es hermana de la caridad, que apaga el odio y fomenta el amor. Ahora que he conocido tanta virtud divina en este buen hombre, de buena gana lo quisiera por compañero; hemos de volver un día a verlo por si Dios le toca el corazón para que nos acompañe en su servicio; mientras tanto, pediremos al Señor que le inspire este deseo y le dé gracia para cumplirlo.

¡Cosa admirable! A los pocos días, habiendo hecho San Francisco esta oración, le infundió el Señor la vocación a este gentilhombre, y dijo el Santo al compañero:

–Vamos, hermano mío, a casa del hombre cortés, porque tengo cierta esperanza en Dios que con este desprendimiento de las cosas temporales se nos dará también a sí mismo por compañero.

Cuando llegaban cerca de la dicha casa, dijo San Francisco a su acompañero:

–Espérame aquí un poco; quiero, ante todo, pedir a Dios que haga próspero nuestro camino y que, por virtud de su santísima pasión, se digne concedernos a

nosotros, pobrecillos y débiles, la noble presa que pensamos quitar al mundo.

Dicho esto, se puso en oración en un lugar en que podía ser visto por aquel caballero cortés; y plugo al Señor que, mirando este gentilhombre a una y otra parte, vio al Santo en devotísima oración delante de Dios, que se le había aparecido allí con grande claridad; y veía este hombre, que San Francisco estaba corporalmente levantado de la tierra un buen trecho. Con lo cual se sintió de tal manera tocado e inspirado por Dios a dejar el mundo, que inmediatamente salió de su palacio, corrió con fervor hacia San Francisco, que seguía orando, y, al llegar, se le arrodilló a los pies y con grandísima instancia y devoción le rogó que tuviese a bien recibirlo para hacer penitencia con él.

Al ver San Francisco cómo su oración había sido oída y aquel gentilhombre le pedía con tanta instancia lo mismo que él estaba deseando, se levantó con fervor y alegría de espíritu y lo abrazó y besó, dando gracias devotamente a Dios, porque le había aumentado el número de compañeros con un caballero tan noble.

Dijo éste a San Francisco:

—¿Qué me mandas que haga, Padre mío? Dispuesto estoy a dar a los pobres, por mandato tuyo, todo lo que poseo y seguir a Cristo contigo, desembarazado de todas las cosas temporales.

Y así lo hizo; pues, conforme al mandato y consejo de San Francisco, distribuyó toda su hacienda a los pobres y entró en la Orden, viviendo con grande penitencia, santidad y edificación; y, por fin, pasó a la gloria de los bienaventurados.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO XXXVIII

Cómo fué revelado a San Francisco que fray Elías estaba condenado, y éste mudó de vida, y el Santo oró por él, y se salvó (1)

En cierta ocasión, morando de familia en un mismo convento San Francisco y fray Elías, reveló Dios a San Francisco que fray Elías estaba condenado y que había de apostatar de la Orden y, por fin, moriría fuera de ella.

Por lo cual, San Francisco le concibió tal displicencia, que no le hablaba ni trataba, y si ocurría alguna vez que fray Elías viniese hacia él, torcía de camino y se dirigía a otra parte para no encontrarlo. Comenzó fray Elías a darse cuenta de esto y comprendió que San Francisco estaba disgustado de él, y queriendo

(1) Fray Elías entró en la Orden el 1211, fue a Tierra Santa como provincial el 1217 de donde volvió con San Francisco el año 1220; fue Vicario de la Orden desde 1221 hasta 1227 y General desde 1232 hasta 1239. Humillado por su deposición y por otras contrariedades, apostató de la Orden y pasó al partido de Federico II, en rebelión contra el Papa. Murió en Cortona el 22 de abril de 1253.

saber la causa, se le acercó un día para hablarle; mas, como el Santo quisiese evitarlo, fray Elías, cortésmente, lo detuvo por fuerza y comenzó a rogarle discretamente que tuviese a bien decirle el motivo por que esquivaba tanto su compañía y conversación. San Francisco le respondió:

–El motivo es que Dios me ha revelado que, por tus pecados, has de apostatar de la Orden y morir fuera de ella, y también me ha dicho que estás condenado.

Al oír esto fray Elías, le dijo:

–Padre mío reverendo, te ruego, por amor de Dios, que no huyas de mí ni me eches de ti por esta causa; antes, como buen pastor y discípulo de Cristo, busques y recojas la oveja que perece, si tu no la ayudas; y pide a Dios por mí para que, si puede ser, revoque la sentencia de mi condenación; porque está escrito que hace Dios revocar la sentencia, si el pecador enmienda su pecado; y yo tengo tal fe en tus oraciones, que creo que, aun hallándome en medio del infierno, había de sentir algún alivio, si tú pidieses a Dios por mí; por eso te suplico que, aunque soy pecador, me encomiendes a Dios que vino para salvar a los pecadores, a fin de que me reciba en su misericordia.

Y decía esto fray Elías con mucha devoción y lágrimas. San Francisco, como padre piadoso, le prometió que pediría a Dios por él, como en efecto lo hizo. Y orando por él con grandísima devoción, le fue revelado que su oración había sido oída en cuanto a revocar la sentencia de condenación de Fray Elías, cuya alma no se condenaría; pero que de cierto saldría de la Orden y moriría fuera de ella, y así sucedió.

Porque, habiéndose rebelado contra la Iglesia, Federico, rey de Sicilia, y siendo excomulgado por el Papa él y cuantos le daban ayuda o consejo, fray Elías, que era tenido por uno de los hombres más sabios del mundo, solicitado por dicho rey, siguió su partido, haciéndose rebelde a la Iglesia y apóstata de la Orden; por lo cual lo excomulgó el Papa y lo privó del hábito de San Francisco. Estando así excomulgado, enfermó gravemente y oyéndolo un hermano suyo, fraile lego, que había quedado en la Orden y era hombre de vida piadosa y ejemplar, fue a visitarlo y, entre otras cosas, le dijo:

–Hermano mío carísimo, mucho me duele verte excomulgado y fuera de la Orden, y que mueras así; si tú ves algún medio o camino por donde pueda yo sacarte de ese peligro, de muy buena gana me tomaría cualquier trabajo por ti.

–Hermano mío –respondió fray Elías– yo no veo otro medio sino que vayas al Papa y le ruegues, por amor de Dios y de su siervo San Francisco, por cuyas enseñanzas abandoné yo el mundo, que me absuelva de la excomunión y me devuelva el hábito de la Orden.

Díjole su hermano que de buena gana se fatigaría por su salvación; y, en efecto, partió y fue a echarse a los pies del Papa y le suplicó humildemente que perdonase a su hermano, por amor de Dios y de San Francisco. Quiso Dios que el Papa le concediera que absolviese de su parte a fray Elías, si lo hallaba con vida, y le restituyese el hábito. Por lo que partió muy contento, y volviendo con gran prisa, encontró a fray Elías vivo, pero ya en la agonía. Lo absolvió de la ex-

comunión, y poniéndole el hábito pasó de esta vida y su alma encontró misericordia por los méritos y oraciones de San Francisco, en que tanto había confiado (1).

En alabanza de Cristo. Amén.

(1) Con este Capítulo acaba la primera y, según algunos, la más antigua parte de *Florecillas.* Así vemos que en los siguientes Capítulos, hasta el 53, no se habla más de San Francisco ni de sus primeros compañeros; mas sólo de algunos santos frailes que vivieron casi todos mucho tiempo después y, en su mayor parte, en la Marca.

CAPITULO XXXIX

Cómo predicando San Antonio a gente de muchas naciones, por divina gracia le entendió cada uno, como si le hubiese hablado en su propia lengua (1)

El maravilloso vaso del Espíritu Santo, San Antonio de Padua, uno de los discípulos escogidos y compañeros de San Francisco, que lo llamaba su Obispo, predicó una vez en el Consistorio delante del Papa y de los Cardenales; había allí hombres de diversas naciones: griegos latinos, franceses, alemanes, eslavos, ingleses y de otras diferentes lenguas del mundo; e inflamado por el Espíritu Santo, propuso la palabra de Dios tan devota, clara e inteligiblemente que cuantos allí estaban, aunque de diversas lenguas, entendieron todas sus palabras clara y distintamente, como si él hubiera hablado en la lengua de cada uno de ellos.

Todos se hallaban asombrados y les parecía ver renovado el antiguo milagro de los Apóstoles, cuando

---

(1) El prodigio aquí narrado pudo suceder, el año 1230, en Roma, donde Antonio predicó ante la Corte Pontificia, mereciendo de Gregorio IX el elogio puesto al final.

al tiempo de Pentecostés hablaban, por virtud del Espíritu Santo, todas las lenguas; por lo cual se decían, admirados, unos a otros:

—¿No es de España éste que predica? ¿Y cómo es que oímos todos su habla en la lengua de nuestras tierras?

Maravillado también el Papa, y considerando la profundidad de doctrina, dijo:

—Verdaderamente que éste es arca del testamento y armario de la Sagrada Escritura.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO XL

Cómo San Antonio predicó a los peces, y le escucharon en gran multitud (1)

Queriendo Cristo bendito manifestar la gran santidad de su fidelísimo siervo San Antonio de Padua y cuán devotamente merecía ser oída su predicación y doctrina santa aun por los mismos irracionales, entre otras ocasiones, reprimió una vez por medio de los peces la fatuidad de los infieles herejes, como antiguamente en el viejo Testamento había reprendido la ignorancia de Balaam por la boca de una asna.

Estando una vez San Antonio en Rímini, donde había gran multitud de herejes, y queriendo atraerlos a la luz de la verdadera fe y al camino de la verdad, predicó y discutió mucho con ellos acerca de la fe de Cristo y de la Sagrada Escritura; pero ellos no sólo no se convencían con sus santas instrucciones, sino que, endurecidos y obstinados, ni aun quisieron oírlo; por lo que un día San Antonio, por divina inspiración, se

(1) Episodio de los principios de su predicación (1222), cuando no era todavía conocido por su apostolado.

fue a la ribera del mar, cerca de la desembocadura del río y comenzó a decir, como predicando de parte de Dios a los peces:

—Oíd la palabra de Dios, vosotros peces del mar y del río, ya que no la quieren oír los infieles herejes.

Apenas dijo esto, acudió repentinamente hacia él, a la orilla del mar, tanta multitud de peces grandes, pequeños y medianos, que nunca en aquel mar ni en el río se habían visto tantos, y todos levantaron las cabezas fuera del agua, y atendían con grandísima quietud, mansedumbre y orden, pues estaban delante, cerca de la orilla, los más pequeños, detrás de éstos los medianos y atrás, donde el agua era más profunda, los mayores. San Antonio comenzó a predicarles solemnemente, diciendo:

—Hermanos míos peces, mucha obligación tenéis de alabar, según vuestra posibilidad, a nuestro Criador, que os ha dado tan excelente elemento para vuestra habitación; de modo que tenéis a vuestro gusto el agua dulce y la salada, y os preparó muchos escondrijos para refugiaros en las tempestades, os dio un elemento claro y transparente y comida con que vivir. Dios vuestro Criador, cortés y benigno, os puso, cuando os crió, el mandato de crecer y multiplicaros, y os echó su bendición; después, cuando con el diluvio universal morían todos los otros animales, sólo a vosotros preservó del daño. Además, os proveyó de aletas para que podáis discurrir por donde os plazca. A vosotros fue dado, por disposición divina, guardar al profeta Jonás y echarlo en tierra al tercer día sano y salvo. Vosotros proporcionasteis a vuestro Señor Jesucristo la moneda del censo que él, como pobrecillo,

no tenía con que pagar. Vosotros fuisteis alimento del eterno rey, Jesucristo, antes y después de la Resurrección, por singular misterio. Por todo lo cual tenéis mucha obligación de alabar y bendecir a Dios, que os hizo más beneficios que a las otras criaturas.

A estas y semejantes palabras e instrucciones de San Antonio, comenzaron los peces a abrir las bocas e inclinar las cabezas, y con estas y otras señales de reverencia alababan a Dios de la manera que les era posible.

Viendo San Antonio en los peces tanta reverencia hacia Dios su Criador, se alegró vivamente y dijo en alta voz:

—Bendito sea el eterno Dios; que más lo honran los peces que los hombres herejes, y mejor escuchan su palabra los animales irracionales que los hombres infieles.

Y cuanto más predicaba San Antonio, más crecía la multitud de peces, y ninguno se marchaba del lugar que había ocupado.

A la noticia del hecho comenzó a correr la gente de la ciudad y entre ella vinieron también los dichos herejes, y viendo el milagro tan maravilloso y patente se compungieron en sus corazones y se echaron a los pies de San Antonio para oír su predicación. El Santo les predicó acerca de la fe católica y tan admirablemente lo hizo que a todos aquellos herejes convirtió e hizo volver a la verdadera fe de Cristo; quedando también los fieles más confirmados y fortalecidos en ella y con grandísima alegría.

Después San Antonio despidió a los peces con la bendición de Dios, y todos marcharon con admirables

demostraciones de alegría, y lo mismo el pueblo. Permaneció el Santo en Rímini muchos días, predicando y haciendo en las almas mucho fruto espiritual (1).

En alabanza de Cristo. Amén.

(1) Sobre la predicación de San Antonio, véase el Apéndice, Capítulo V.

CAPITULO XLI

De fray Simón, que tuvo tanta virtud que con su oración arrojaba los demonios; y cómo orando por un fraile muy tentado, lo libró Dios

Cerca del principio de la Orden, viviendo aún San Francisco, entró en ella un joven de Asís, llamado fray Simón, al cual adornó y enriqueció Dios con tanta gracia y tal contemplación y devoción de espíritu que toda su vida era espejo de santidad, según yo lo oí a los que por largo tiempo vivieron con él.

Rarísima vez se le veía fuera de la celda, y si alguna vez estaba con los frailes hablaba siempre de Dios. No había estudiado gramática, y, sin embargo, hablaba de Dios y de la oración de Cristo tan profunda y altamente que sus palabras parecían sobrenaturales, tanto que, habiendo salido una tarde al bosque con fray Santiago de la Massa para tratar de Dios, estuvo hablando del divino amor tan dulcemente que se les pasó toda la noche en aquella conversación, y a la mañana les parecía que habían estado poquísimo tiempo, según me refirió el dicho fray Santiago.

Experimentaba fray Simón tal suavidad y dulzura

del Espíritu Santo en las ilustraciones divinas y visitas amorosas de Dios, que muchas veces, cuando las sentía venir, se echaba sobre una cama, porque la dulce tranquilidad del Espíritu Santo requería en él no sólo el reposo del alma, sino también el del cuerpo; y en estas visitas divinas era muchas veces arrebatado en Dios y quedaba del todo insensible a las cosas temporales, y mientras estaba así arrobado en Dios e insensible al mundo ardía interiormente en el amor divino y no percibía nada de lo de fuera con los sentidos corporales. Queriendo un fraile hacer experiencia de esto y ver si era como parecía, fue a buscar un carbón encendido, y se lo puso sobre el pie desnudo. Nada sintió fray Simón, ni le hizo la menor señal en el pie, aunque lo tuvo en él larguísimo espacio hasta que se apagó de por sí.

Cuando Fray Simón se llegaba a la mesa, antes de probar la comida, tomaba para sí y daba también a los otros el manjar espiritual hablando de Dios.

Por este devoto conversar se convirtió una vez un joven vanísimo y mundano de San Severino, que era de familia noble y de complexión muy delicada; al recibirlo en la Orden, le recogió fray Simón el traje de seglar y lo guardó consigo. Estaba dicho joven con fray Simón para aprender las observancias de la Orden.

Pero el demonio, que procura estorbar toda obra buena, le arrojó tan fuerte estímulo y ardiente tentación impura que no la podía resistir. Por lo cual se fue en busca de fray Simón y le dijo:

—Dame mi vestido de seglar, porque no puedo sufrir más la tentación impura.

Fray Simón, compadeciéndose mucho de él, le de-

cía:

—Siéntate aquí un poco conmigo, hijo mío.

Y comenzaba a hablarle de Dios y toda la tentación desaparecía. Volvíale ésta de tiempo en tiempo y pedía él su traje; pero fray Simón se la desvanecía siempre hablándole de Dios. Así hizo muchas veces; mas, por fin, la tentación creció y le molestaba fuertemente, mucho más de lo acostumbrado; y no pudiendo en manera alguna resistirla, se fue a fray Simón exigiéndole a todo trance el vestido de seglar y diciendo que de ningún modo podía esperar más.

Entonces fray Simón lo hizo sentar a su lado, como acostumbraba, y hablándole de Dios, el joven, melancólico y triste, reclinó la cabeza en el seno de fray Simón. Este, con la grande compasión que le tenía, levantó los ojos al cielo pidiendo a Dios por él devotísimamente; el joven quedó arrobado y fray Simón fue oído de Dios.

Cuando aquél volvió en sí, se sintió completamente libre de la tentación, como si jamás la hubiera tenido; antes bien, el fuego de la pasión se le cambió en ardor del Espíritu Santo, por haberse llegado al carbón encendido, a fray Simón; y quedó tan inflamado en el amor de Dios y del prójimo que, habiendo sido sentenciado un malhechor a perder los ojos, este joven se compadeció muchísimo y se fue resueltamente al Presidente del tribunal y en pleno consejo pidió con muchas lágrimas y fervorosas instancias que le quitasen a él un ojo y al malhechor el otro, para que no quedase privado de ambos; y viendo el juez el gran fervor y caridad de este fraile, concedió, con acuerdo del Consejo, el perdón completo.

Estando un día el dicho fray Simón orando en el bosque con grande consolación de su alma, comenzó a estorbarle con sus gritos una bandada de cornejas, y él les mandó, en nombre de Jesús, que partiesen de allí y no volviesen más. Marcharon al instante y no se vieron ni oyeron más ni allí ni en toda la comarca. Este milagro fue patente en todo el país de la Custodia de Fermo en que estaba el convento.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO XLII

Tratado de algunos santos frailes, singularmente de fray Conrado y de otro fraile que, desde la aurora hasta la salida del sol, transportó un leproso a quince millas de distancia

Como cielo adornado de estrellas, así estuvo antiguamente la provincia de la Marca de Ancona con santos frailes que, a manera de lumbreras del cielo, iluminaron y hermosearon la Orden de San Francisco y el mundo con la doctrina y los ejemplos.

Se distinguieron entre otros, en primer lugar, fray Lúcido Antiguo, que en verdad fue luciente por la santidad y ardiente por la caridad divina; su gloriosa lengua, informada por el Espíritu Santo, lograba con la predicación maravillosos frutos.

Fray Bentivoglio de San Severino que, estando en oración en el bosque, fue visto elevado en el aire largo espacio por fray Maseo de San Severino, el cual era entonces párroco, y movido de esto renunció la parroquia y se hizo fraile Menor; llegó a tanta santidad que obró muchos milagros en su vida y en muerte, y está sepultado en Murro. El dicho fray Bentivoglio, estan-

do una vez solo en Trave Bonanti cuidando de un leproso, recibió orden del Superior para trasladarse a un convento distante quince millas, y no queriendo abandonar al leproso cargó con él a cuestas con gran fervor, y en el tiempo que media desde la aurora hasta la salida del sol corrió las quince millas y llegó al convento de Monte Sanvicino, a donde estaba destinado: viaje que no pudiera hacer, en tan poco tiempo, aunque fuese águila; este divino milagro causó grande admiración y asombro en todo el país.

Fray Pedro de Monticello (1), que en el convento viejo de Ancona fue visto por su Guardián, fray Servodeo de Urbino, levantado cinco o seis brazas del suelo, orando a los pies del crucifijo de la iglesia.

Este fray Pedro, habiendo ayunado una vez con gran devoción la cuaresma de San Miguel Arcángel, y estando el último día en oración en la iglesia, fue oído por un fraile joven (que de propósito se había escondido bajo el altar mayor para observarle algún acto de santidad) y conversaba con San Miguel Arcángel de este modo: Decía San Miguel:

—Pedro, te has fatigado fielmente por mí, y de muchos modos has mortificado tu cuerpo; yo vengo ahora a consolarte; pide la gracia que quieras y te la alcanzaré de Dios.

Respondió fray Pedro:

—Santísimo Príncipe de la milicia celestial, fidelísimo celador de la honra de Dios y protector piadoso de las almas, te pido que me alcances de Dios el per-

(1) Fray Pedro, hoy beato, nació en Treja, Piceno, y murió hacia 1304. Se reza de este beato el día 20 de febrero.

dón de mis pecados.

—Pide otra cosa —contestó San Miguel—, porque eso te lo alcanzaré fácilmente.

Y como fray Pedro no pidiese más, concluyó el Arcángel diciéndole:

—Por la confianza y devoción que me tienes, te conseguiré la gracia que me pides y muchas otras.

Y terminado el diálogo, que había durado mucho, desapareció el Arcángel, dejando a fray Pedro muy consolado.

Estando este santo fray Pedro en el convento de Forano de la custodia de Ancona, vivía también allí fray Conrado de Offida; y un día que éste salió a la selva para entregarse a la contemplación, fray Pedro se fue secretamente tras él para observarle.

Fray Conrado se puso en oración y comenzó a suplicar devotísimamente con mucho llanto a la Virgen María que le alcanzase de su bendito Hijo la gracia de sentir un poco de aquella dulzura que sintió el santo Simeón el día de la Purificación, cuando tomó en sus brazos a Jesucristo Salvador, bendito. Inmediatamente fue oída su oración por la misericordiosa Virgen María, y he aquí que aparece la Reina del cielo trayendo a su Hijo en el brazo entre grandísima claridad de luz, y, acercándose a fray Conrado, le puso en el brazo aquel bendito Hijo, y él lo abrazó devotísimamente, y abrazándolo y estrechándolo contra su pecho, se derretía y liquidaba todo en amor divino y consuelo inexplicable. Y del mismo modo fray Pedro, presenciando desde su escondrijo aquella escena, sentía en su alma grandísima consolación y dulzura.

Al separarse de fray Conrado la Virgen María, fray Pedro se volvió apresuradamente al convento para no ser visto de él; pero después, cuando fray Conrado venía muy alegre y gozoso, le dijo fray Pedro:

–¡Oh, celestial! ¡Gran consuelo has tenido!

–¿Qué es lo que dices, fray Pedro? ¿Qué sabes tú lo que he tenido? –le replicó fray Conrado.

–Bien lo sé, bien lo sé –repuso él–, que te ha visitado la Virgen María con su Hijo.

Entonces fray Conrado que, como verdadero humilde, deseaba guardar en secreto los favores de Dios, le rogó que no lo dijese a nadie; y se amaron tanto los dos desde entonces, que parecía que en todas las cosas tenían un solo corazón y una sola alma.

Estando fray Conrado una vez en el convento de Sirolo, libró con sus oraciones a una endemoniada, pidiendo por ella toda la noche y apareciéndose a su madre, y a la mañana huyó para no verse honrado del pueblo (1).

En alabanza de Cristo. Amén.

(1) El Beato Conrado nació en 1241, entró en la Orden el año 1256 y murió en 1306. Pío VII aprobó su culto inmemorial. La Orden reza de él a 19 de diciembre.

CAPITULO XLIII

Cómo fray Conrado amonestó a un fraile perverso con tanta caridad que pronto vino a ser el más perfecto del convento

El dicho fray Conrado de Offida, celador admirable de la pobreza evangélica y de la regla de San Francisco, fue por su piadosa vida y grandes méritos tan acepto de Dios, que Cristo bendito lo honró en vida y muerte con muchos milagros.

Llegando una vez como forastero al convento de Offida; le rogaron los frailes, por amor de Dios y por caridad, que amonestase a un fraile joven que allí había, el cual se portaba tan pueril, licenciosa y desordenadamente que a toda la comunidad perturbaba, lo mismo a los viejos que a los jóvenes, y del oficio divino y demás observaciones regulares poco o nada se cuidaba.

Fray Conrado, por compasión hacia el joven y por la súplica de aquellos frailes, lo llamó aparte y con ferviente caridad le dijo tan eficaces y devotas palabras que, obrando la divina grancia, cambió repentinamente, transformándose en viejo por las costum-

bres el que era niño, y se hizo tan obediente, benigno, solícito y devoto; tan pacífico, obsequioso y aplicado a las obras de virtud, que, como antes perturbaba a toda la comunidad, así después tenía a todos contentos y edificados, y lo amaban entrañablemente.

Fue Dios servido que, a poco de su conversión, muriese este joven, de lo que se dolieron mucho los frailes; y algunos días después de la muerte, su alma se apareció a fray Conrado, que estaba orando devotamente delante del altar de dicho convento, y lo saludó reverentamente como a padre.

—¿Quién eres tú? —preguntó fray Conrado.

—Soy —respondió— el alma del fraile joven que murió estos días.

—¿Qué es de ti, hijo carísimo? —preguntó de nuevo fray Conrado.

—Padre carísimo —contestó— por la gracia de Dios y por tu doctrina estoy bien, porque no estoy condenado; pero por mis pecados, que no tuve tiempo de purgar bastante, sufro grandísimas penas en el purgatorio. Te ruego, Padre, que, como por tu piedad me socorriste en vida, me socorras también ahora en mis penas rezando por mí algunos Padrenuestros, porque tu oración es muy acepta a Dios.

Rezó fray Conrado un Padrenuestro y Requiem, y le dijo aquella alma:

—¡Oh, Padre carísimo, cuánto bien y refrigerio siento! Ahora te pido que lo reces otra vez.

Y habiéndolo hecho fray Conrado, dijo el alma:

—Santo Padre, cuando rezas por mí, me siento toda aliviada; te ruego que no ceses de orar por mí.

Viendo fray Conrado que con su oración recibía

tanto alivio esta alma, rezó cien Padrenuestros, y cuando los hubo concluído, le dijo ella:

–Te doy las gracias de parte de Dios, carísimo Padre, por la caridad que has tenido conmigo; pues por tu oración estoy libre de todas las penas y me voy al reino de los cielos.

Y dicho esto, desapareció.

Entonces fray Conrado, con grandísima alegría, consoló a los frailes, refiriéndoles por orden toda esta visión.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO XLIV

De dos frailes que se amaban tanto que por caridad manifestaban el uno al otro las revelaciones que tenían

Cuando moraban juntos en el convento de Forano de la custodia de Ancona los dichos fray Conrado y fray Pedro, que eran dos estrellas resplandecientes de la provincia de la Marca, y dos hombres celestiales, estaban unidos con tanto afecto y caridad que parecían un solo corazón y una sola alma, y se ligaron los dos con este pacto: que cualquier consuelo o favor que recibiesen de la misericordia de Dios, se lo debería comunicar el uno al otro por caridad.

Sucedió después de este convenio que, meditando un día fray Pedro devotamente en la pasión del Señor, como viese pintados al pie de la cruz a la Beatísima Madre de Cristo, al amadísimo discípulo Juan y a San Francisco, crucificados con Jesús por dolor espiritual, le vino el deseo de saber cuál de los tres había tenido mayor dolor de la pasión de Cristo, si la Madre que lo había engendrado, o el Discípulo que se había recostado en su pecho, o San Francisco que estaba con él

crucificado; y discurriendo en este devoto pensamiento le apareció la Virgen María con San Juan Evangelista y San Francisco, ataviados con riquísimos vestidos de gloria, pero el de San Francisco parecía más hermoso que el de San Juan.

Estaba fray Pedro estupefacto con esta visión; pero San Juan lo confortó diciéndole:

–No temas, hermano carísimo, pues hemos venido para consolarte y declararte tu duda. Has de saber que la Madre de Cristo y yo tuvimos mayor dolor de la Pasión que ninguna otra criatura; pero después de nosotros, San Francisco lo tuvo mayor que nadie; y por eso lo ves con tan grande gloria.

Fray Pedro preguntó:

–Santísimo Apóstol de Cristo, ¿por qué parece el vestido de San Francisco más hermoso que el tuyo?

–Porque cuando vivía en el mundo –respondió San Juan– llevaba hábito más vil que el mío.

Dichas estas palabras, San Juan dio a fray Pedro un vestido de gloria que traía en la mano y le dijo:

–Toma este vestido que traigo para ti.

Y queriendo San Juan vestírselo a fray Pedro, cayó éste por tierra estupefacto y comenzó a gritar:

–Fray Conrado, fray Conrado, acude pronto; ven a ver cosas maravillosas.

Y diciendo esto, desapareció aquella santa visión. Cuando llegó fray Conrado, le refirió fray Pedro por orden todo lo ocurrido, y ambos dieron gracias a Dios. Amén.

CAPITULO XLV

Cómo un fraile fue milagrosamente llamado por Dios a la Orden, siendo aún niño

En la provincia de la Marca, siendo aún niño seglar fray Juan de la Penna, se le apareció una noche un joven bellísimo y lo llamó diciendo:

–Juan, vete a San Esteban, donde predica uno de mis frailes, cree su doctrina y guíate por sus palabras, porque te lo mando yo. Cumplido esto, tienes que hacer un gran viaje y después vendrás a mi reino.

Inmediatamente se levantó y sintió gran mudanza en su alma. Fue a San Esteban y halló gran multitud de hombres y mujeres que habían acudido a oír el sermón. El que había de predicar era un fraile que se llamaba fray Felipe, y era de los primeros frailes que habían venido a la Marca de Ancona, cuando se fundaron allí los conventos.

Subió a predicar fray Felipe y lo hizo devotísimamente, no con palabras de sabiduría humana, sino con la virtud del espíritu, anunciando el reino de la vida eterna. Acabado el sermón, se le acercó el referido niño y le dijo:

—Padre, si tuvieses por bien recibirme en la Orden, de buena gana haría penitencia y serviría a nuestro Señor Jesucristo.

Viendo y conociendo fray Felipe en este niño una maravillosa inocencia y voluntad resuelta de servir a Dios, le dijo:

—Ven conmigo tal día a Recanati, y haré que seas recibido.

Había de tenerse allí el Capítulo provincial. El niño, que era muy candoroso, pensó que sería éste el gran viaje que debía hacer, según la revelación que había tenido, y que después se iría al cielo; y creía que así había de suceder luego que fuese recibido. Mas como vio que su pensamiento aun no se realizaba, y oyó decir al Ministro en el Capítulo que a quien quisiera ir a la provincia de la Provenza le daría licencia de buena gana, tuvo gran deseo de ir, pensando en su corazón que sería éste el gran viaje que tenía que hacer antes de irse al paraíso; pero le daba vergüenza manifestarlo.

Por fin, confiando su pensamiento a fray Felipe, por cuya mediación había entrado en la Orden, le rogó encarecidamente que le alcanzase aquella gracia para trasladarse a la Provenza; y fray Felipe, viendo su candor y buena intención, se la consiguió. Partió fray Juan con grande alegría, teniendo por cierto que, terminado aquel viaje, iría al paraíso.

Pero plugo a Dios que estuviese allá veinticinco años, siempre con la misma esperanza y deseo, viviendo con grandísima observancia, santidad y ejemplaridad, creciendo continuamente en gracia delante de Dios y de los hombres, y sumamente amado de frailes y seglares.

Un día que fray Juan estaba devotamente en oración llorando y lamentándose, porque no se le cumplía el deseo y se alargaba demasiado su peregrinación en esta vida, se le apareció Cristo bendito; y al verlo, parecía que toda el alma se le derretía. Díjole Cristo:

—Hijo mío, fray Juan, pídeme lo que quieras.

—Señor mío —respondió—, yo no acierto a pedir más que a ti mismo; porque ninguna otra cosa deseo; te ruego tan sólo que me perdones mis pecados y me concedas la gracia de verte otra vez, cuando más necesitado me halle.

—Tu oración ha sido oída —le dijo Cristo.

Y al punto se marchó, dejando a fray Juan muy consolado y fortalecido.

Por aquel tiempo, oyendo los frailes de la Marca la fama de santidad de fray Juan, hicieron tanto con el General que al fin le mandó la Obediencia (1) para que volviese a la Marca; y él la recibió alegremente, y emprendió el viaje pensando que al terminarlo se iría al cielo, conforme a la promesa de Cristo.

Pero habiendo regresado, vivió en la Marca treinta años, sin ser conocido por ninguno de sus parientes, y todos los días estaba esperando de la misericordia de Dios que le cumpliese la promesa. En este tiempo desempeñó varias veces el cargo de Guardián con mucha discreción, y obró Dios por él muchos milagros.

Entre otros dones que recibió de Dios, tuvo espíritu de profecía. Sucedió una vez que, estando él fuera del convento, un novicio suyo se vio combatido del demonio y tentado tan fuertemente que, consintien-

(1) Obediencia: orden escrita por el Superior.

do en la tentación, determinó salir de la Orden luego que viniese fray Juan; y conociendo éste por espíritu de profecía toda la tentación y determinación, volvió inmediatamente a casa y llamando al dicho novicio le dijo que se confesase; pero antes que él lo hiciese, le refirió fray Juan por orden toda la tentación, según Dios se la había revelado, y añadió:

—Hijo mío, porque tú me esperaste y no quisiste marchar sin mi bendición, te ha concedido Dios la gracia de que nunca salgas de la Orden, sino que perseveres en ella con el divino auxilio hasta la muerte.

Con estas palabras se sintió el novicio confirmado en el buen propósito y se quedó en la Orden y llegó a ser un santo fraile; todas estas cosas me las refirió fray Ugolino (1).

El dicho fray Juan era hombre de ánimo alegre y reposado, raras veces hablaba, tenía grande gracia de oración y devoción y, especialmente después de Maitines, nunca dormía ni volvía a la celda, sino que se quedaba en la iglesia haciendo oración hasta la mañana. Y estando una noche en oración después de Maitines, le apareció un ángel de Dios y le dijo:

—Fray Juan, ha llegado, por fin, el término de tu viaje que tanto tiempo has esperado, y vengo a decirte, de parte de Dios, que pidas la gracia que quieras, porque te la concederá, y, también, que escojas entre

(1) El texto original de este Capítulo dice: "todas estas cosas me las refirió el mismo fray Juan a mí fray Ugolino". Véase *Actus S. Francisci*, ed. Sabatier, pág. 200. Con esto se indica el autor de estos capítulos: fray Ugolino de Monte Giorgio o Monte Santa María Créese que tomó el hábito el año 1260 y murió a últimos de este siglo o principios del siguiente.

pasar un día en el purgatorio o siete de penas en este mundo.

Eligió fray Juan los siete días de penas en este mundo; e inmediatamente fue acometido de varias enfermedades: fiebres, gota en manos y pies, dolor de costado y muchos otros males; pero, lo peor de todo, era un demonio que no se le quitaba de delante y tenía en la mano un papel grande en que traía escritos todos los pecados de fray Juan, y le decía:

–Por estos pecados de pensamiento, palabra y obra que tú has cometido, estás condenado al profundo del infierno.

Y él no se acordaba que hubiese hecho bien alguno, ni que estaba o hubiese estado jamás en la Orden; sino que pensaba que estaba condenado como el demonio le decía. Y así, cuando le preguntaban cómo estaba, decía:

–Mal; porque estoy condenado.

Los frailes se admiraban muchísimo y enviaron a buscar un fraile antiguo, llamado fray Mateo de Monte Rubiano, que era un santo hombre, muy amigo de fray Juan; llegó cuando éste se hallaba en el séptimo día de su tribulación, y lo saludó y le preguntó cómo estaba.

–Mal –respondió–, porque estoy condenado.

Entonces le dijo fray Mateo:

–¿No te acuerdas que te has confesado muchas veces conmigo y que yo te he absuelto enteramente de todos tus pecados? ¿No te acuerdas también que has servido a Dios en esta santa Orden muchísimos años? ¿No sabes, además, que la misericordia de Dios excede y sobrepuja a todos los pecados del mun-

do, y que Cristo bendito, nuestro Salvador, pagó por nuestro rescate un precio infinito? Ten confianza, que de cierto te salvarás.

Y al decir esto, cumpliéndosele a fray Juan el plazo de su expiación, desapareció la tentación y vino el consuelo; y así dijo a fray Mateo con grande alegría:

—Estás fatigado y es tarde; te ruego que vayas a descansar.

Fray Mateo no lo quería dejar; mas, por fin, cediendo a sus repetidas instancias, se fue de allí y se retiró a descansar, quedando fray Juan a solas con el fraile que lo cuidaba. Cuando he aquí que vino Cristo bendito con grandísimo resplandor y suavísima fragancia a cumplirle la promesa de aparecerle otra vez, cuando tuviese más necesidad, y lo sanó perfectamente de todas las enfermedades.

Entonces fray Juan, dándole gracias con las manos juntas, porque con óptimo fin terminaba su viaje de la presente y miserable vida, le encomendó su alma y en sus manos la entregó, pasando de la vida mortal a la eterna en compañía de Cristo bendito, al cual tan largo tiempo había estado deseando y esperando.

Está sepultado dicho fray Juan en el convento de San Juan de la Penna (1).

En alabanza de Cristo. Amén.

---

(1) Pío VII aprobó su culto inmemorial y le concedió Oficio y Misa. La Orden de Menores reza del Beato Juan de la Penna el 5 de octubre.

CAPITULO XLVI

De un fraile que, por haber visto subir al cielo el alma de otro fraile que era su hermano, veneró sus reliquias

En la provincia de la Marca, después de la muerte de San Francisco, entraron en la Orden dos que eran hermanos; el uno se llamó fray Humilde y el otro fray Pacífico; ambos fueron hombres de grande santidad y perfección; fray Humilde residía en el convento de Soffiano, y allí murió; y fray Pacífico moraba en otro bien distante.

Un día que fray Pacífico estaba en oración en un lugar solitario, fue, por voluntad de Dios, arrebatado en éxtasis y vio el alma de su hermano fray Humilde, que entonces salía del cuerpo, subir derecha al cielo sin ninguna detención o impedimento.

Sucedió, después de muchos años, que este fray Pacífico que sobrevivió, pasó a morar en el convento de Soffiano, donde su hermano había muerto. Por aquel tiempo, a petición de los Señores de Brunforte, mudaron los frailes el convento por otro lugar, y, entre otras cosas, trasladaron las reliquias de los frailes santos que habían muerto allí; y viniendo a la sepultura

de fray Humilde, su hermano fray Pacífico, recogió los huesos, los lavó con buen vino, los envolvió después en un lienzo blanco y con grande reverencia y devoción los besaba y lloraba.

Admirábanse los otros frailes, pareciéndoles que no daba en esto buen ejemplo un hombre de tanta santidad como fray Pacífico, pues parecía que lloraba a su hermano con amor mundano y sensual, y que mostraba más devoción a sus reliquias que a las de los otros frailes, que no habían sido menos santos que fray Humilde, y eran tan merecedores de reverencia como las de éste. Conociendo fray Pacífico el pensamiento siniestro de los frailes, les dio satisfacción humildemente diciendo:

–No os admiréis, hermanos míos carísimos, de que hiciese con los huesos de mi hermano lo que no hice con los otros, porque, bendito sea Dios que lo sabe muy bien, no me movía a esto, como vosotros creéis, el amor carnal; sino que lo hice porque cuando mi hermano pasó de esta vida, orando yo en un lugar solitario lejos de él, vi subir su alma derecha al cielo; y, por eso, estoy cierto que sus huesos son santos y han de estar un día en el paraíso. Y si Dios me hubiera dado tanta certeza con respecto a los otros frailes, la misma reverencia habría hecho con sus huesos.

Viendo entonces los frailes su piadosa y santa intención, quedaron muy edificados de él y alabaron a Dios que tales maravillas obra con sus santos. En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO XLVII

Cómo estando un fraile enfermo de muerte, vino la Virgen María con tres vasos de electuario y lo sanó (1)

En el sobredicho convento de Soffiano hubo antiguamente un fraile Menor de tanta gracia y santidad, que en todo parecía divino y con frecuencia era arrebatado en Dios.

Estando una vez este fraile absorto y arrobado en Dios, porque era notable en él la gracia de la contemplación, venían diferentes clases de pájaros y se le ponían familiarmente en la cabeza, hombros, brazos y manos, cantando primorosamente.

Era muy amante de la soledad y pocas veces hablaba; pero, cuando le preguntaban alguna cosa, respondía con tanta gracia y sabiduría, que más parecía un

(1) A este fraile anónimo se le identifica con el beato Liberato de Lauro, de la familia, según parece, de los mismos señores de Brunforte; murió en 1260 y fue después trasladado al nuevo convento, llamado primeramente de Brunforte y, más tarde, por la gran veneración que allí se tiene al beato, del beato Liberato.

ángel que hombre; fue muy admirable en la oración y contemplación, y los frailes le tenían mucha reverencia.

Terminando este fraile el curso de su virtuosa vida, por divina disposición enfermó de muerte, de manera que ningún alimento podía tomar; y, sin embargo, no quería medicina alguna, sino que toda su confianza ponía en el médico celestial, Jesucristo bendito, y en su Santísima Madre, de la cual mereció, por divina clemencia, ser misericòrdiosamente visitado y consolado.

Un día, estando él en cama preparándose para la muerte con todo su corazón y con devoción suma, se le apareció la gloriosa y beatísima Madre de Jesucristo, la Virgen María, con maravilloso resplandor, acompañada de grandísima multitud de ángeles y santas vírgenes, y se acercó a él. Al verla, recibió grandísima alegría, se sintió sumamente confortado en alma y cuerpo, comenzó a rogarle humildemente que pidiese a su amado Hijo que, por sus méritos, lo sacase de la prisión de esta miserable carne. Y perseverando él en esta súplica, la Virgen María le respondió llamándolo por su nombre y diciéndole:

—No dudes, hijo, tu ruego ha sido escuchado; he venido a confortarte un poco, antes que salgas de esta vida.

Al lado de María Santísima estaban tres santas vírgenes, que traían en la mano tres vasos de electuario (1) de muy excesivo olor a suavidad. Abrió la gloriosa

(1) Mezcla de varias sustancias medicinales, unidas y condensadas con miel o azúcar.

Virgen María uno de aquellos vasos y toda la casa se llenó de olor; y tomando luego electuario con una cucharilla, se lo dio al enfermo. Apenas lo hubo gustado, sintió tan grande confortación y dulzura, que no parecía pudiese estar más el alma en el cuerpo; por lo cual comenzó a decir:

–No más, suavísima Madre de Jesucristo, bendita Virgen María, salvadora del género humano; no más, curadora bendita; no más, que no puedo soportar tanta dulzura.

Pero la piadosa y benigna Madre seguía dándole repetidas veces aquel electuario y haciéndoselo tomar hasta que vació el vaso. Tomó después la bienaventurada Virgen María el segundo vaso, y metiendo la cuchara para darle, se le quejaba dulcemente el enfermo diciendo:

–¡Oh, bellísima Madre de Dios! Si mi alma está casi del todo derretida con el olor y suavidad del primer electuario, ¿cómo podré soportar el segundo? Te ruego, oh, bendita sobre todos los santos y ángeles, que no me des más.

–Prueba, hijo, un poco todavía de este segundo vaso– insistió nuestra Señora;

Y. al dárselo, añadió:

–Ahora, hijo, ya te basta lo que has tomado; ten buen ánimo, porque pronto vendré a buscarte para conducirte al reino de mi Hijo, que siempre has buscado y deseado.

Dicho esto, se despidió de él y marchó. Quedó el enfermo tan confortado y consolado con la dulzura de aquella confección, que vivió bastantes días satisfecho y fortalecido sin otro alimento corporal.

Días después, hablando jovialmente con los frailes, inundado de gozo y alegría, pasó de esta vida miserable a la de los bienaventurados. Amén.

CAPITULO XLVIII

Cómo un fraile estuvo tres días en éxtasis, y le fue revelado el estado de la Orden y lo que había de suceder en ella

Fray Santiago de la Massa, al cual comunicó Dios sus secretos, dándole perfecto conocimiento e inteligencia de la Escritura Sagrada y de las cosas futuras, fue hombre de tanta santidad, que fray Gil de Asís, fray Marcos de Montino, fray Junípero y fray Lúcido, decían que no conocían en el mundo a ninguno más grande que él delante de Dios.

A este fray Santiago tuve yo gran deseo de ver, porque, habiendo rogado a fray Juan, compañero de fray Gil, que me declarase ciertas cosas de espíritu, me contestó:

—Si quieres informarte bien acerca de la vida espiritual, procura hablar con fray Santiago de la Massa; pues fray Gil deseaba ser ilustrado por él, y a sus palabras no se puede añadir ni quitar, porque su entendimiento penetró los secretos celestiales y sus dichos son palabras del Espíritu Santo, y no hay hombre en el mundo a quien tanto desee ver como a fray Santiago.

Al principio del Generalato de fray Juan de Parma, hallándose una vez en oración, fue arrebatado en Dios y quedó tres días en éxtasis, privado de los sentidos tan completamente que los frailes dudaban si estaría muerto. En este rapto le reveló Dios lo que había de suceder en nuestra Orden; y, al oír yo esto, me creció el deseo de verlo y hablar con él. Cuando quiso Dios que lograse ocasión, le dije de esta manera:

—Si es verdad lo que oí decir de ti, te ruego que no me lo encubras. Oí que, cuando estuviste tres días como muerto, te manifestó Dios, entre otras cosas, lo que había de suceder en nuestra Religión; así me lo ha dicho fray Mateo, Ministro de la Marca, a quien tú lo has declarado por obediencia.

Fray Santiago afirmó con mucha humildad que era cierto lo que fray Mateo decía. Y lo que decía fray Mateo, Ministro de la Marca, era esto:

—Sé yo de un fraile a quien Dios ha revelado todo lo que ha de suceder en nuestra Orden; porque fray Santiago de la Massa me ha dicho que, a vuelta de muchas cosas que Dios le reveló acerca del estado de la Iglesia militante, tuvo él una visión de un árbol hermoso y muy grande, cuya raíz era de oro, sus frutos eran hombres, todos ellos frailes Menores; las ramas principales estaban divididas conforme al número de las provincias de la Orden, y cada una tenía tantos frailes cuantos eran los de la provincia que representaba.

Entonces supo el número de todos los frailes de la Orden y de cada provincia y sus nombres, edad, condiciones, oficios, grados, dignidad y las gracias y culpas de todos. Y vio a fray Juan de Parma en lo más

alto de la rama del centro del árbol y, en las cimas de las que rodeaban a ésta, estaban los Ministros de todas las provincias.

Después vio a Cristo sentarse en un trono muy grande y muy blanco, y llamaba a San Francisco y le daba un cáliz lleno de vida, diciéndole: "Vete a visitar a tus frailes, y dales a beber de este cáliz de espíritu de vida, porque va a levantarse contra ellos el espíritu de satanás y los herirá, y muchos de ellos caerán y no se levantarán. Y dio Cristo a San Francisco dos ángeles para que lo acompañasen.

Vino, pues, San Francisco a distribuir a sus frailes el cáliz de vida y comenzó por ofrecérselo a fray Juan, que lo asió y lo bebió todo apresurada y devotamente y, al instante, quedó todo luminoso como el sol. Después siguió San Francisco alargándoselo a los demás; unos lo tomaban con la debida reverencia y devoción y lo apuraban del todo y, éstos, repentinamente, se volvían resplandecientes como el sol; otros que no lo tomaban con devoción y lo derramaban todo, se ponían oscuros, negros, disformes y horribles a la vista; los que en parte lo bebían y en parte lo derramaban, aparecían en parte luminosos y en parte oscuros, más o menos, según la cantidad bebida o derramada.

Pero, sobre todos los otros, resplandecía el sobredicho fray Juan, que más completamente había apurado el cáliz de la vida, en el cual había él visto el abismo de la infinita luz divina, conociendo en ella la persecución y tempestad que había de levantarse contra el dicho árbol y agitar y sacudir sus ramas. Por lo cual abandonó la cima de la rama en que estaba y, descendiendo más abajo de todas las otras, se escondió al pie

del tronco del árbol y allí se estaba muy pensativo.

Pero fray Buenaventura, que había bebido parte del cáliz y parte lo había derramado, subió a la misma rama y lugar de donde había bajado fray Juan, y allí se le convirtieron las uñas de las manos en uñas de hierro agudas y cortantes como navajas, y saliendo del lugar a que había subido, quería arrojarse con ímpetu y furor contra fray Juan para hacerle daño. Al ver esto fray Juan, gritó fuertemente encomendándose a Cristo, que estaba en el tronco; y Cristo llamó a San Francisco y, dándole un pedernal cortante, le dijo:

–Vete y córtale a fray Buenaventura, con esa piedra, las uñas con que quiere rasguñar a fray Juan, para que no pueda hacerle daño.

Y San Francisco hizo como Cristo le había mandado.

Una recia tempestad sacudió después el árbol, de modo que los frailes venían a tierra, siendo los primeros en caer los que habían derramado todo el cáliz del espíritu de la vida, y éstos eran conducidos por los demonios a un lugar de tinieblas y tormentos. Pero fray Juan y los que habían bebido el cáliz, fueron trasladados por los ángeles a un lugar de vida y claridad eterna y de gloria bienaventurada.

Y fray Santiago, que tenía la visión, entendía y discernía particular y distintamente todo lo que veía, y conocía claramente el nombre, condición y estado de cada uno.

Duró tanto la tempestad contra el árbol, que lo derribó y se lo llevó el viento, y apenas la tempestad hubo cesado, de la raíz de dicho árbol, la cual era de oro, brotó otro árbol todo de oro, que produjo hojas, flo-

res y frutos dorados. De este árbol y de su dilatación, profundidad, belleza y virtud, más vale callar que hablar al presente.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO XLIX

Del venerable fray Juan de Alvernia y de las muchas mercedes que Dios le hacía (1)

Entre otros sabios y santos hermanos e hijos de San Francisco, los cuales, como dice Salomón, son la gloria del Padre, vivió en nuestros tiempos en la dicha provincia de la Marca el venerable y santo fray Juan de Fermo, que, por haber morado mucho tiempo y muerto al fin en el santo convento de Alvernia, se llamó fray Juan de Alvernia; y fue hombre de singular vida y de grande santidad.

Siendo aún niño seglar, amaba de todo corazón la vida de penitencia que conserva la limpieza de alma y

(1) Los cinco Capítulos restantes son como una introducción a las Consideraciones sobre las Llagas. El beato Juan nació en Fermo el año 1259; entró, cuando niño, en los Canónigos Regulares de su ciudad; pasó a los Frailes Menores el año 1272 y permaneció probablemente en la Marca hasta cerca del año 1292, que se estableció en Alvernia, donde murió el 9 de agosto de 1322. No fue solamente asceta; recorrió predicando muchas ciudades de Italia, especialmente de Toscana y Umbría.

cuerpo. Desde muy pequeño comenzó a llevar cilicio y argolla de hierro a raíz de la carne y hacer mucha abstinencia; en especial cuando moraba con los canónigos de San Pedro de Fermo, que vivían espléndidamente, huía de las delicias y regalo del cuerpo y mortificaba su carne con grande rigor de abstinencia. Pero los compañeros le eran muy contrarios, le robaban el cilicio y de varios modos le impedían la abstinencia; así es que, movido por Dios, pensó en abandonar el mundo con sus amadores y entregarse sin reserva en los brazos del Crucificado vistiendo el hábito del crucificado San Francisco; y así lo hizo.

No obstante que todavía era niño cuando fue recibido en la Orden y encomendado al Maestro de novicios, se hizo tan espiritual y devoto que, alguna vez, oyendo a su Maestro hablar de Dios, se le derretía el corazón como la cera junto al fuego; y se enardecía en el amor divino con tan excesiva dulzura, que, no pudiendo soportarla ni contenerse, se levantaba, como ebrio de espíritu, y corría de una a otra parte, ya por la huerta, ya por el bosque, ya en la iglesia, según lo impelía la llama y el ímpetu del espíritu.

Después, con el transcurso del tiempo, la divina gracia hizo crecer continuamente a este hombre angélico de unas en otras virtudes y en dones celestiales, elevaciones divinas y raptos; tanto, que su mente era elevada a los esplendores de los querubines, tal vez a los incendios de los serafines o a la fruición de los bienaventurados, y aun también a excesivos abrazos amorosos de Cristo, no sólo por fruición espiritual interior, sino, además, en lo exterior por expresas y manifiestas señales corpóreas. Y singularmente una

vez de asombroso modo prendió en su corazón la llama del divino amor, y estuvo ardiendo en él más de tres años, recibiendo en este tiempo maravillosas consolaciones divinas, ilustraciones, contemplaciones, raptos y visitas del Señor; con frecuencia quedaba arrobado en Dios y entonces parecía todo él encendido en el amor de Cristo y como despidiendo llamas; y esto sucedió en el santo monte Alvernia.

Mas, como Dios tiene singular providencia de sus hijos, dándoles a tiempo, ya consuelos, ya tribulaciones, ora prosperidad y ora adversidad, según conviene para mantenerlos en humildad o para provocarlos más al deseo de los bienes celestiales; quiso la divina bondad, después de estos tres años, retirar de fray Juan aquella luz y llama del divino amor, y lo dejó privado de todo consuelo espiritual.

Se encontró, pues, fray Juan, sin aquella ilustración y amor de Dios, completamente desconsolado, apenado y dolorido. Por lo cual andaba angustiado descurriendo por el bosque de una parte para otra, llamando con voces, con llantos y suspiros al amado esposo de su alma, que se le había escondido y alejado y sin cuya presencia no encontraba su alma descanso ni sosiego; pero en ningún lugar, ni con ninguna industria podía hallar al dulce Jesús, ni recuperar aquellas suavísimas delicias espirituales del amor de Cristo, a que estaba acostumbrado. Y esta tribulación le duró muchos días, perseverando él en un continuo llorar y suspirar y en pedir a Dios que, por piedad, le devolviese al amado esposo de su alma.

Por fin, cuando plugo a Dios dar por bastante probada su paciencia y encendido su deseo, un día que

fray Juan andaba en la selva, afligido y atribulado de la manera dicha, se sentó descaecido y se recostó en una haya, mirando al cielo con la cara bañada en lágrimas; y he aquí que repentinamente se le aparece allí cerca Jesucristo en la misma senda por donde él acababa de venir, pero no le decía nada.

Viéndolo fray Juan y conociendo bien que era Jesucristo, al instante se le echó a los pies y, deshecho en lágrimas, le suplicaba humildísimamente y decía:

—Socórreme, Señor mío; porque sin ti, mi Salvador, ando en tinieblas y llanto; sin ti, mansísimo cordero, estoy angustiado y lloroso; sin ti. Hijo de Dios altísimo, siento confusión y vergüenza; sin ti me hallo privado de todo bien y ciego, porque tú eres, Jesús mío, la verdadera luz de las almas; sin ti me veo perdido y condenado, porque tú eres vida de las almas y vida de las vidas; sin ti, me encuentro estéril y seco, porque tú eres la fuente de todos los dones y gracias; sin ti estoy del todo desconsolado, porque tú eres Jesús, nuestra redención, nuestro amor y deseo, el pan confortativo y el vino que alegra los coros de los ángeles y los corazones de todos los santos; ilumíname, Maestro graciosísimo y Padre piadosísimo, porque soy ovejuela tuya, aunque indigna.

Y como el deseo de los santos varones, cuanto más dilata Dios oírlo, más crece en amor y mérito, Cristo bendito marchó sin oírlo ni decirle nada y siguió por la dicha senda. Entonces fray Juan se levanta, corre tras él, se le echa de nuevo a los pies y con santa importunidad lo detiene y con devoción y lágrimas le ruega y dice:

—Oh, dulcísimo Jesús, ten misericordia de mí,

que estoy atribulado; óyeme por la muchedumbre de tus misericordias y por la verdad de tu salud, vuélveme la alegría de tu rostro y de tu piadosa mirada, porque de tu misericordia está llena toda la tierra.

Y Cristo marcha otra vez sin hablarle ni consolarle; se porta como la madre con el niño cuando le hace desear el pecho y lo deja venir tras ella llorando, para que después lo tome con más gana.

Por lo que fray Juan corre aún con más fervor y ansia en pos de Cristo y, luego que lo alcanza, Cristo bendito se vuelve hacia él, lo mira con semblante alegre y gracioso, abre sus santísimos y misericordiosos brazos y lo abraza dulcemente; y, al abrir Jesús los brazos, vio fray Juan salir del sacratísimo pecho del Salvador maravillosos rayos de luz que iluminaron todo el bosque y, a la vez, su alma y cuerpo. Entonces fray Juan se arrodilló a los pies de Cristo y Jesús bendito le dio a besar benignamente el pie, como a la Magdalena; fray Juan lo tomó con suma reverencia y lo bañó con tantas lágrimas, que verdaderamente parecía otra Magdalena, y decía devotamente:

—Te ruego, Señor mío, que no mires mis pecados, sino que por tu santísima pasión y por el derramamiento de tu preciosa sangre, resucites mi alma a la gracia de tu amor, porque es mandamiento tuyo que te amemos con todo el corazón y con todo el afecto, y nadie puede cumplirlo sin tu ayuda. Ayúdame, pues, amantísimo Hijo de Dios, para que te ame con todo corazón y con todas mis fuerzas.

Estando fray Juan con estas súplicas a los pies de Jesucristo, fue por El oído y de El recibió de nuevo la gracia de antes, o sea la llama del divino amor, con

la que se halló todo renovado y consolado, y conociendo que le había sido devuelto aquel divino don, comenzó a dar gracias a Cristo bendito y a besarle los pies, y después, incorporándose para mirar al rostro del Salvador, Cristo le alargó y le dio a besar sus manos santísimas, y luego que las hubo besado, se llegó y estrechó contra el pecho de Jesús y lo abrazó y besó su sacratísimo pecho, y Cristo lo abrazó y besó también a él. Y, al estarse abrazando y besando, sintió fray Juan tan divino perfume que, si se hubieran reunido todas las cosas aromáticas del mundo, serían como hedor en comparación de aquella fragancia; quedó con ella enteramente arrobado, consolado e iluminado, y continuó sintiendo por muchos meses este divino perfume en su alma.

De allí en adelante, de la boca de fray Juan, abrevada en la fuente de la divina sabiduría, en el sagrado pecho del Salvador, salían palabras maravillosas y celestiales que mudaban los corazones de quienes las oían y hacían mucho fruto en las almas. Y durante largo tiempo, en la senda del bosque en que habían estado los pies benditos de Cristo y un buen trecho alrededor, sentía fray Juan, al pasar, aquel resplandor y fragancia.

Volviendo en sí fray Juan después del rapto, y habiendo desaparecido la presencia corporal de Cristo, quedó tan iluminada su alma en el abismo de la divinidad que, sin haber adquirido doctrina por el estudio, maravillosamente resolvía y declaraba las cuestiones altas y dificilísimas de la Trinidad divina y los profundos misterios de la Sagrada Escritura. Y muchas veces, hablando delante del Papa y de los Car-